

VELÁZQUEZ, HERNANI Y EL MITO DE ACTEÓN

José Angel Yanci Urtasun

La obsesión por el retrato que Holbein hizo del joven Wyatt y la noticia de su traslado temporal a Madrid me llevó hasta esa ciudad el pasado invierno. Vi la pintura, pero como tantas veces ocurre, el interés que tenía por ella se desvaneció en ese momento. Tal vez era aquella reproducción, arrancada años atrás de una revista de arte, la que aportaba un halo que no encontré en el original. Pero no fue éste un lamento prolongado, ya que ese mismo día, otra obra atrapaba mi atención. Se trataba también de un retrato, pero en éste caso pintado por Velázquez. Cedido por el Metropolitan, era la obra invitada en el Prado. Desconocíamos la identidad del retratado, pero era innegable su parecido con uno de los personajes que nos miran desde un extremo de *La Rendición de Breda*, circunstancia que acentuaba su carácter enigmático. Todo esto, me llevó hasta otras obras del autor, y contemplándolas me sorprendió el cierre del museo. Bajé las escaleras que me sumergían en el invierno de Madrid pensando que, perdidos en el desconcierto de la creación actual, olvidamos que la más rabiosa modernidad puede encontrarse en la mirada de un enano de Velázquez.

El trazado actual del tren no difiere demasiado de aquél camino real que en la primavera de 1660 hubo de recorrer Velázquez desde Madrid hasta alcanzar la desembocadura del Bidasoa. Desgraciadamente no fue el ejercicio de la pintura lo que le trajo hasta aquí, sino el importante cargo que ostentaba en la administración del reino. Como Aposentador de Palacio, que así se denominaba el puesto, tuvo que volcar toda su experiencia en la organización del llamado «Viaje a los Pirineos».

La empresa no era fácil. Consistía en trasladar gran parte de la corte hasta la Isla de los Faisanes, donde tendrían lugar los hechos, de gran relevancia histórica, de la celebración de la paz con Francia y de la entrega de María

Teresa, hija de Felipe IV, para su matrimonio con Luis XIV. Acompañarían al rey y a su hija nobles y notables, médicos y confesores,..., formando entre todos un séquito de casi 300 personas. Además, una guardia de 2.000 soldados, quinientos de ellos a caballo, centenares de criados, más de cien carros y carruajes para el transporte de mercancías y personas, cuatro literas, miles de mulas para el transporte de carga...¹ Todo esto exigía una minuciosa planificación. El alojamiento era primordial, adecuado a las personas según su dignidad; había que acondicionarlo cuando fuera necesario, procurar la manutención de todos, cubrir las necesidades que surgieran y supervisar los festejos que las villas ofreciesen.

A través de un texto que nos proporciona Luis Murugarrren, y aún tratándose de un acontecimiento posterior como fue la llegada del Conde de Artois en 1782, podemos conocer con detalle como pudo prepararse todo esto en Hernani:

“Se pidió urgentemente pescado fresco a Zarauz y Guetaria y comestibles a Astigarraga, Andoain, Urnieta y Tolosa. En el Palacio de Doña Rosa de Aragoiri se instalaron nueve fogones para condimentar todas aquellas viandas encargadas. Se prepararon otras casas para la comitiva, se estuvo limpiando durante tres días la Plaza mayor, se adornó El Ayuntamiento con alhajas y muebles, prestados por los vecinos de mayor rumbo, y se alquiló una baquilla con su buey para emocionar al Serenísimo Conde con el espectáculo de una corrida”².

Se conserva también un curioso documento que enumera los trabajos realizados en cada punto del recorrido por el carpintero que acompañaba a Velázquez. Martín Gajero, ese era su nombre, anota en su libreta:

“Hernani: se pintaron tres casas con rompimientos y puertas y escaleras y atajos de retrete y encerados”³.

¹ Jose Luís Colomer. Arte y Diplomacia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Paz política, rivalidad suntuaria. Francia y España en la isla de los Faisanes. Madrid, Villaverde ediciones 2003, pp. 66.

² S. Gastaminza. Apuntes para una historia de la N.L. e Invicta villa de Hernani. San Sebastián 1913, p. 51 ss., y Archivo Municipal de Hernani, E-1-1/3.

³ Gregorio Cruzada Villamil. Anales de la vida y de las obras de Diego de Silva Velázquez. Madrid, Librería de Miguel Guijarro 1885, p. 267.

Recordamos que atajar era una forma de distribuir las estancias, los encerados, tabiques de lienzo, y por último, retrete, que designaba el espacio reservado al retiro del Rey. Se gastaron 70 reales, no superándose esta cantidad en ningún otro lugar.

Ultima los preliminares cuando se le concede una litera de camino, que hará más cómodo su viaje. Sus ayudantes habrán de conformarse con mulas de silla. El octavo día de abril ya están en camino, adelantándose al rey que no saldrá hasta el día 15. Prepararán su llegada a Burgos, pero en esta ciudad se le ordena que vaya de nuevo por delante hasta Hondarribia. Serán por tanto ellos, los primeros en dejar atrás la meseta y con ella su característico cromatismo; los ocres y cárdenos dominantes mutarán poco a poco en una sobrecogedora variedad de verdes. Aún sabiendo que quién viajaba era más el funcionario que el artista, resulta inevitable preguntarse por lo que sintió el genio ante el nuevo paisaje que le envolvía y que Leonardo Del Castillo, en su crónica «Viaje del Rey N.S.D. Phelipe IV a la frontera de Francia», describe de esta manera:

“...así con la fragilidad de su terreno mojado de continuas lluvias, como con los cerros empinados, y doblada, é inaccesible situación de sus montañas; en cuya misma aspereza es dos veces singular, y vistosa la amenidad, que se descubre; porque vestido el suelo de intrincada espesura, y regado de cristalinos despeños, de claros y multiplicados arroyos, figura un País hermoso, y deleitable”⁴.

Pero no será fácil acceder a tanta belleza, dado que en este último tramo del viaje surgirán las mayores dificultades. Una abrupta orografía, la práctica inexistencia de vías aceptables y, en muchas ocasiones, la lluvia y el barro configuraran un infierno parecido a aquel que narrara Werner Herzog en su película *Fitzcarraldo*. Infierno también para aquellos hernaniarras que en la jornada del 5 de mayo, como ya ocurriera en el recibimiento a Felipe III en 1615, se encontraban en el límite de Gipuzkoa entre los:

“...1400 hombres, entre picas, arcabuzeros, y mosqueteros; los cuales (aunque ofendidos de la copiosa lluvia de aquella montaña, y de la molestia con que les avian impedido, ó retardado los lodos la marcha) luzidos de vestidos, y de armas, y diestros en mandarlos, y en esquadronarse, formaban un vistoso alarde...”⁵.

A pesar de todo y casi una semana más tarde, el 11 de mayo, la caravana llegaba a las puertas de Hernani. Del Castillo lo cuenta así:

“El martes que se contó 11 de mayo, salieron sus Magestades de Tolosa á las ocho, y fueron á comer á la Villa de Hernani...- Llegó a Hernani antes de medio día...- Consta la Villa de Hernani de 250 vezinos, está medianamente fortificada, y es de mucho nombre, por la famosa defensa que hizo á Franceses, quando vinieron á expugnarla, teniendo sitiada á Fuenterrabía, para dexar cortada á esta Ciudad, y á la de San Sebastian, como lo consiguieran, si tomaran á Hernani, que por sú buena situacion, es como garganta comun de estas dos plazas”⁶.

No es extraño que el relato ensalce el valor guerrero de los hernaniarras. Sabemos también gracias a Luis Murugarren de la existencia de textos similares depositados en el Archivo Municipal. Todos ellos describen la participación de la villa en el conflicto. Destaca entre ellos el referido a la liberación de Hondarribia en 1638⁷; gesta que se celebró durante mucho tiempo. Según Jonathan Brown sería en este contexto de euforia cuando el Conde Duque de Olivares se hiciera retratar a caballo por Velázquez⁸.

En apenas tres horas que duró la estancia en Hernani no hubo lugar para grandes solemnidades, quedando estas relegadas para la vuelta. Quienes hubieron de esforzarse ese día en distraer y elevar el ánimo a los viajeros fueron enanos y bufones, ya que la jornada quedó ensombrecida por un accidente ocurrido esa misma mañana en el que un miembro del séquito pereció ahogado al caer al río Oria tras perder el control de su caballo. Sigue Del Castillo:

“De aquí salieron sus Majestades antes de las tres, y cerca de un sitio alto, que à poco trecho de Hernani, señorea, y descubre el Mar, les aguardava con lucimiento de camaradas, y criados el Baron Don Carlos de Vvateville...”⁹.

Entre esos “camaradas y criados” que acompañaban a las autoridades de San Sebastián para el recibimiento en Oriamendi, lugar al que se refiere, se encontrará con toda probabilidad el aposentador. Llevaba días en Hondarribia inmerso en los preparativos del encuentro, pero se le había ordenado:

“que estuviese en la ciudad de san Sebastián para quando su Magestad llegase”¹⁰.

Pronto retomó dichos preparativos. Había que construir el escenario para aquella gran representación donde las artes tratarían de restituir la luminosidad que iba perdiendo el llamado rey planeta; ocultar bajo el delirio es-

⁴ Leonardo del Castillo. Viage del Rey n.s.d. Phelipe IV el grande a la frontera de Francia. Madrid, Imprenta real 1667.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid.

⁷ Luis Murugarren. Hernani, su historia e instituciones. San Sebastián, publicación de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián 1970, pp.28-29 y Archivo Municipal de Hernani, E-5-II-1/21.

⁸ Jonathan Brown. Velázquez, pintor y cortesano. Madrid, Alianza Editorial 1986, pp.125-127.

⁹ Leonardo del Castillo. Viage del Rey n.s.d. Phelipe IV el grande a la frontera de Francia. Madrid, Imprenta real 1667.

¹⁰ Antonio Palomino de Castro. El Museo Pictórico y escala óptica. Madrid, Luca Antonio de Bezmar 1715-1724, p.522.



Jorge Oteiza. Homenaje a Velazquez, 1958. Artium Vitoria-Gasteiz, Catálogo Arte y Artistas Vascos en los años 60 (KM Kulturunea).

tético tan propio de la época lo que no dejaba de ser una derrota. Los tapices eran parte importante en la decoración del pabellón, pero sabemos que, a pesar de su gran calidad, fueron rechazados aquellos cuyo tema pudiera ofender a los franceses. Tal era el caso de los que ilustraban la batalla de Pavía¹¹ en la que Juan de Urbieta fue el gran protagonista. Por aquellos méritos el capitán hernaniarra ostentó la Cruz de Santiago, orden en la que con tanto esfuerzo Velázquez acababa de ingresar. Probablemente éste visitara su tumba en la iglesia de Hernani, admirando de paso un retablo, que como sus *Meninas*, se había terminado apenas cuatro años atrás.

El martes 8 de junio, cuando por fin han callado las fanfarrias en el Bidasoa, emprende el viaje de regreso. A las 6 de la tarde entra en Hernani donde pasará la noche. En esa habitación, que en nada se asemeja a los suntuosos palacios donde se había alojado en sus viajes a Italia, despojado ya de los lujosos ropajes y joyas de los últimos días y saciado su deseo de estar más cerca del rey que del carpintero, Velázquez se reencuentra consigo mismo, tal vez con el pintor que siempre fue, y con su destino. La muerte ya le espera en Madrid, empeñada en que ese verano sea su última estación. Ajeno a ello escribirá a su regreso, a otro pintor amigo suyo la que será su última carta:

"Yo Sr. Llegué a esta corte sábado a el amanecer 26 de junio, cansado de caminar de noche y trabajar de día pero con salud y gracias a Dios hallé mi casa con ella".

La modernidad atemporal de su obra, de la que ya hablábamos en un principio, también forma parte de nuestra propia modernidad. Al imaginar aquella noche que pasara el pintor en Hernani, dibujaba una imagen casi ascética, como si de otra noche oscura se tratase.

Trae esto a mi memoria la reflexión que sobre la condición humana vertiera Jorge Oteiza en "Acteón", el proyecto cinematográfico donde traslada al mito desde la antigüedad al mundo contemporáneo, igual que hizo el pintor en *Las Hilanderas* con Aracne, otro de los mitos que recoge Ovidio en su "Metamorfosis". En este trabajo Oteiza, une indisolublemente las últimas obras de Velázquez al ser vasco: "relaciono las Lanzas con las Meninas, y me dieron frontón vasco" dice¹².

Acerquémonos pues a ese frontón, a esa "pintura cromlech" como definía a Velázquez. No solo comprendemos porqué aquel viajero que un día pasó por Hernani no nos es tan extraño, sino que descubriremos que ese espacio aparentemente vacío está lleno, rebosante de nuestra propia alma vasca.



Jorge Oteiza. Homenaje a las Meninas, 1958. Catálogo del Museu Fundación Juan March, Palma de Mallorca.

¹¹ Jose Luis Colomer. *Arte y Diplomacia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Paz política, rivalidad suntuaria. Francia y España en la isla de los Faisanes*. Madrid, Villaverde ediciones 2003, pp. 69.

¹² Javier Ortiz Echagüe. *La cámara metafísica: fotografía y cine al final del ciclo experimental de Jorge Oteiza*. Madrid, Universidad Carlos III.